

VIEJA ¿NUEVA

*Arnaldo Córdova, Gastón García Cantú,
Javier Garciadiego, Alan Knight, Carlos Martínez Assad,
Álvaro Matute, Eugenia Meyer, Lorenzo Meyer,
Enrique Semo y Gloria Villegas*

Vigencia de la Revolución Mexicana en la academia

Arnaldo Córdova: Pienso que el interés por la Revolución Mexicana no es algo excepcional en el desarrollo de nuestros estudios históricos desde la década de los cincuenta, cuando, bajo la dirección de don Daniel Cosío Villegas, un grupo de historiadores y especialistas en diversas disciplinas sociales emprendió la elaboración de la *Historia moderna de México*. Esa magna obra marcó un nuevo derrotero en los estudios históricos del país y fue un estímulo directo en el renacimiento de nuestra ciencia histórica, me atrevería a decir, la mejor que hay hoy en día en América Latina. El interés, desde entonces, es por toda nuestra historia: el Porfiriato, la República restaurada, las gestas liberales, la Guerra de Independencia, la Colonia, la Conquista. Todo ello es parte del desarrollo de los estudios históricos de México. Ciertamente, hay que reconocer que ha habido un interés particular por la Revolución y su secuela y no es casual que se haya dado con mayor fuerza a raíz de los acontecimientos de 1968. Con el movimiento estudiantil se puso en evidencia algo que casi se había olvidado: que el Estado que acababa de reprimir a los jóvenes era el mismo que había surgido del movimiento revo-

lucionario de 1910, y muchos sintieron la necesidad de volver al estudio de nuestra historia en el siglo XX para explicarse por qué el Estado se había desarrollado como lo había hecho. Las explicaciones que los mismos protagonistas del 68 dieron del sistema político mexicano, en su momento, no los satisficieron ni a ellos mismos, y con un gran sentido de la realidad, al volver a las aulas, pensaron que la derrota que acababan de sufrir se había debido, en lo esencial, a su ignorancia de la historia y de la realidad política de México. Casualmente, el candidato del partido oficial en la contienda electoral de 1969-1970, Luis Echeverría, hizo su campaña retomando los principios y los valores ideológicos de la Revolución, con lo cual mostraba que, aunque por motivos diferentes, los propios grupos gobernantes estaban revalorando nuestro pasado histórico. Podría decirse, entonces, que el interés que todos hemos adquirido en el estudio de la Revolución Mexicana tiene una doble causa: académica, una, que se cifra en el progreso de los estudios históricos, y política, otra, que parte del 68 y que se desarrolla en la medida en que el país se democratiza y se politiza.

Gastón García Cantú: El interés por la Revolución no es de las últimas décadas. Francisco J. Múgica, por ejemplo, en

1919 publicó en dos tomos sus primeros escritos y sus discursos en el Constituyente de 1917. Un año después la Secretaría de Relaciones Exteriores daba a conocer un volumen que sería destruido por el obregonato: *Labor internacional de la Revolución constitucionalista de México*, documentación precisa de los conflictos de nuestro país de 1913 a 1918. De 1920 data, también, *Al margen de la Constitución de 1917*, por Jorge Vera Estañol, traducción castellana de su *Carranza and his Bolshevik Regime*, editado en Los Angeles, primer argumento contrarrevolucionario; en 1930 Vicente Lombardo Toledano publicó, en esta Revista, "El sentido humanista de la Revolución Mexicana", ensayo que indica la asociación de la crítica intelectual del Porfiriato con la crítica de las armas en el campo de Zapata; seis años más tarde, Jesús Romero Flores dio a conocer *Anales históricos de la Revolución Mexicana*, y cuatro años después, José T. Meléndez y otros autores, entre ellos Octavio Paz, padre del poeta, *Historia de la Revolución Mexicana*, primera obra de compilación por algunos de los participantes en las luchas políticas y armadas.

El estudio de la Revolución es tan antiguo como la Revolución.

Javier Garciadiego: Antes de intentar agrupar las razones principales del interés de los académicos por la Revolución

REVOLUCIÓN HISTORIOGRAFÍA?

Mexicana, convendría señalar que el análisis de dichas motivaciones debe ser hecho desde una perspectiva histórica, y que las razones de los académicos para acercarse a este periodo no son necesariamente distintas de las de otro tipo de gente. Lo que los distingue son los procedimientos y objetivos de su estudio.

Una motivación común a todos es su naturaleza epopéyica, característica no extraña a otros momentos de nuestra historia. Por ejemplo, ya a mediados del siglo XIX, el historiador romántico William Prescott fue atraído por el carácter épico de la Conquista. Asimismo, el escritor Ambrose Bierce —seguidor de Edgar Allan Poe— penetró al país tan pronto estalló la lucha revolucionaria, para constatar si los mexicanos eran muy diestros con las armas. Otro estímulo común ha sido lo atractivo del proceso histórico del país en su conjunto. Esto es, casi todo historiador de la Revolución simpatizó primero con la historia de México en general.

Razones geopolíticas evidentes influyeron también en la proliferación de estudiosos de la Revolución Mexicana. Desde antes que estallara, John Kenneth Turner escribió sobre México con objetivos políticos: su simpatía por los anarcoliberales refugiados en Estados Unidos y sus denuncias de la semiesclavitud de muchos campesinos mexicanos buscaban desacreditar a Porfirio Díaz y criticar a Taft por apoyarlo. Pocos años después, John Reed escribió unas crónicas espléndidas sobre la lucha antihuertista en el norte, en parte porque, siendo socialista, estaba interesado en todo movimiento social, y en parte también porque le fascinaban los hechos épicos —recuérdense sus escritos de un par de años des-

pués sobre la guerra europea. De entonces a la fecha no han sido pocos los trabajos de norteamericanos sobre la Revolución Mexicana con motivaciones políticas —Albert Fall, Samuel Guy Inman, Ernest Gruening. En momentos clave, como cuando la persecución religiosa o la expropiación petrolera, dichos intereses políticos han trascendido a los vecinos del norte: piénsese en los ingleses Graham Greene y Evelyn Waugh.

Las razones geopolíticas siguen siendo determinantes. Hasta 1960 la mexicana era la única revolución en el continente; por lo mismo México era un probable modelo de desarrollo histórico para otros países latinoamericanos. Si desde finales de los treinta y principios de los cuarenta dicho modelo había sido elogiado —recuérdense los escritos de Frank Tannenbaum, Howard Cline, Frank Brandenburg o Raymond Vernon—, con el advenimiento de la Revolución Cubana comenzó a ser visto desde dos perspectivas: para los historiadores más tradicionalistas, como Stanley Ross y Charles Cumberland, la Revolución Mexicana era prueba de que se podía avanzar hacia la democracia y la justicia social mediante una vía no socialista; para los historiadores progresistas y críticos —piénsese en James Cockcroft o John Womack—, la Revolución Mexicana había sido insuficiente en muchos sentidos. Hoy en día, por su extensa frontera, sus intereses y problemas comunes y sus numerosas “simpatías y diferencias”, México sigue siendo el país latinoamericano más estudiado en Estados Unidos; consecuentemente, esta superioridad es aún más amplia en las entidades sureñas.

Sería necio minimizar otro tipo de factores, como el racial o el lingüístico.

Mientras los historiadores norteamericanos de reciente ascendencia europea han optado mayoritariamente por el pasado del “viejo continente”, los de origen hispánico han preferido temas latinoamericanos. Lo mismo sucede con historiadores que, aunque anglos, desde pequeños tuvieron cierta cercanía con el idioma español. Evidentemente, no pocos se interesaron en la Revolución Mexicana por motivos estrictamente académico-profesionales. Un caso reciente y notable es el de Alan Knight, que llegó a ella porque de estudiante en Oxford se preocupó por analizar la correlación entre nacionalismo y revoluciones. De cualquier modo, detrás de cada vocación hay razones personales muy circunstanciales. Acaso el mejor ejemplo sea el austriaco Friedrich Katz, quien se apasionó por la historia mexicana desde niño —en un principio por la etapa prehispánica—, cuando su familia radicó en el país luego de huir del nazismo europeo.

Por lo que se refiere a los motivos vocacionales de los académicos mexicanos, aunque diferentes de los extranjeros, son igualmente complejos. En primer lugar, la elección de periodo y tema depende de la propia concepción de la historia nacional, sea o no conciente. Para unos lo más atractivo es el enigmático mundo prehispánico; para otros, el país se definió durante el siglo XVI, con la confrontación e integración de las dos culturas; asimismo, muchos son los que afirman que México se conformó durante el prolongado *melting pot* que fue el periodo colonial; otros tantos sostienen que México surgió como nación luego del fragoroso siglo XIX. Por su parte, en principio todo estudioso de la Revolución Mexicana cree —siguiendo la tradición de Daniel Cosío

Villegas, Jesús Silva Herzog y José C. Valadés, entre otros— que la Revolución Mexicana fue el fenómeno que dio lugar a nuestro dinámico, aunque estable, siglo XX, y al Estado mexicano contemporáneo.

Otra razón para el reciente interés de los académicos nacionales por la Revolución Mexicana es que la perspectiva desde la que se le mira se ha tornado suficientemente amplia: a casi ochenta años de iniciada, hoy el estudioso puede ver el proceso de principio a fin; además, ya lo puede ver con una actitud considerablemente imparcial. Esto es, al historiador actual ya no le atemorizan polémicas partidistas, hoy en vías de extinción; en cambio, la sobrevivencia de muchos revolucionarios, hasta la década de los sesenta, ahuyentó a varios historiadores. Asimismo, la creciente disponibilidad de muchísimos documentos del periodo —públicos y privados— no sólo propició un auténtico *boom* en el estudio del tema sino que hizo que mejorara notablemente la calidad de lo escrito.

Por último, es innegable que ciertas condiciones institucionales han afectado la situación que guardan los estudios de la Revolución Mexicana. Por ejemplo, en El Colegio de México, Cosío Villegas influyó a varias camadas de discípulos, como Luis González y González y Moisés González Navarro, o como Héctor Aguilar Camín, Enrique Krauze y Jean Meyer. Del mismo modo, la muerte de Eduardo Blanquel mermará, en calidad y cantidad, la formación de estudiosos de la Revolución Mexicana en la UNAM, lo que es doblemente lamentable, pues de siempre ha sido característico de ésta el predominio abrumador de investigaciones históricas con temas prehispánicos y coloniales. Afortunadamente, el déficit ha sido suplido con estudiosos provenientes de otras disciplinas sociales, principalmente sociólogos, politólogos, antropólogos y economistas. Concientes de que un buen análisis de sus respectivos temas los obligaba a una revisión de los antecedentes históricos inmediatos, Arnaldo Córdova, Luis Javier Garrido, Carlos Martínez Assad y Arturo Warman, entre otros, han escrito algunas de las mejores monografías históricas sobre el México contemporáneo. Con todo, el tránsito de éstos y otros científicos sociales a la his-

toria es más epistemológico que institucional: practican también la historia contemporánea porque la encuentran más verosímil que su otra disciplina. Con ello, el estudio de la Revolución Mexicana ha sido doblemente beneficiado: por un lado cuenta con historiadores *per se*, como Alicia Hernández, Josefina MacGregor, Álvaro Matute, Gloria Villegas y Bertha Ulloa; por el otro, con científicos sociales que también realizan labores de historiador, entre los que Lorenzo Meyer debe agregarse a los ya antes mencionados.

Sin embargo, insisto en el primer argumento: en los últimos años se ha escrito mucha historia de la Revolución Mexicana, en el país y en el extranjero, porque además de significativo fue un acontecimiento fascinante, especialmente atractivo para el que la escribe y para el que la lee, como lo demuestra su mayor “mercado”. Sólo así se explica que la flemática Revolución Inglesa tenga una pobre tradición historiográfica en comparación con la de la Revolución Francesa, que fue hecha con pasión. Por lo mismo, la Revolución Mexicana cuenta con más historiadores, y con muchos más lectores, que nuestra historia económica, siempre entre pobre y paupérrima, o que la lastimera historia de la ciencia mexicana.

Alan Knight: El interés académico por la Revolución Mexicana se refleja en el auge de la historiografía de todo tipo que ha caracterizado a las últimas décadas (resultado de la expansión de la enseñanza superior); en el interés por las revoluciones que se notó, especialmente, en los años sesenta (hoy ya menos), y en la expansión y el mejoramiento de los archivos mexicanos, que hacen posibles estudios de mayor profundidad.

Carlos Martínez Assad: Nuestra esencia es fundamentalmente política. Por eso seguimos considerando la Revolución Mexicana como el momento del gran parto que nos dio vida. Es la serie de acontecimientos que van dando forma a la sociedad y al Estado que prevalece. Es el origen del sistema político mexicano y en su comprensión está el interés por el estudio de la Revolución en sus muy diferentes manifestaciones. Ha sido, además, la forma más buscada por los ex-

tranjeros para tratar de entender a México. Su interés, lejos de disminuir, aumenta en la medida en que se hacen más descubrimientos y se tiene acceso a archivos y documentos nacionales y extranjeros.

La atracción fue creciendo según aumentaban las aspiraciones democráticas de la sociedad, porque su reinterpretación reciente llevó a una confrontación con lo que puede designarse “la historia oficial”. Se reveló así una historia desacralizada no poblada exclusivamente por héroes y villanos, sino por una muy variada presencia de actores sociales y políticos que actuaron de acuerdo a sus principios, a sus programas, a sus intuiciones y fueron triunfadores o vencidos.

La Revolución Mexicana es, además, un hilo conductor por excelencia para seguir la construcción de un Estado moderno, que puede operar como modelo para otros países. No hay que olvidar que el Estado, como unidad de análisis, es contemporáneo de la Revolución Francesa, que va a inspirar las revoluciones de la época moderna y particularmente las de este siglo. Tanto la Revolución Mexicana como la Revolución Rusa van a asumir ciertos rasgos del jacobinismo original, particularmente aquellos concernientes a la separación de las esferas del poder, llámese civil o político, temporal o espiritual. La enseñanza es que el poder no se comparte, lo que no quiere decir que pueda ejercerse dejando de lado el consenso, es decir, la capacidad de concertar alianzas.

Esta tendencia fue muy clara durante la Revolución Mexicana y el general Álvaro Obregón fue un maestro en las alianzas políticas y para exterminar el adversario. Veáanse sus lazos con la pléyade de caciques y de movimientos regionales (Garrido Canabal en Tabasco, Saturnino Cedillo en San Luis Potosí, etcétera) y la movilización que logró realizar en todo el país para detener a los rebeldes delahuertistas entre 1923 y 1924.

Esas tácticas de acción política pasaron luego al Partido Nacional Revolucionario y derivaron en prácticas corporativas que dieron cauce a las alianzas con los campesinos y con los obreros. Incluso, más adelante se captó la importancia de hacerlo también con las clases medias e incluso con la burguesía.

Fueron ellos, hay que reconocerlo aunque no sea placentero, quienes junto con los extranjeros (otra vez), entusiastamente ocupados en nuestro país, se abocaron a la no fácil tarea de una revisión y una reformulación de la historia del proceso que arrancó en 1910.

Creo sin duda que entre el trabajo de Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana*, y el recientemente publicado por el historiador inglés Alan Knight, *La Revolución Mexicana*, han sucedido muchas cosas y se ha llevado a efecto una “revolución”, una convulsión en el quehacer historiográfico. Es justo señalar que el despegue del interés de los historiadores mexicanos por el tema se acelera en esa época; son muchos y diversos los estudios producidos en estos veinte años y sobre todo, quiero insistir, gracias a esta nueva tarea la Revolución Mexicana puede ser vista con otros ojos y ser descubierta y redescubierta en sus especificidades, desde las características de cada uno de los lugares y de los hombres que en ella participaron.

Lorenzo Meyer: Todas las revoluciones contemporáneas, desde la francesa hasta la nicaragüense, mantienen el interés constante de los círculos académicos. Son objeto de análisis por parte de académicos nacionales y extranjeros, el revisionismo es permanente, y la Revolución Mexicana no es excepción. Todas las revoluciones ponen de manera dramática y en un periodo de tiempo muy reducido, los problemas centrales de una sociedad. En este sentido son laboratorios donde todas las ciencias sociales y todas las escuelas de pensamiento ponen a prueba sus hipótesis, las cuales cambian y nunca son las mismas.

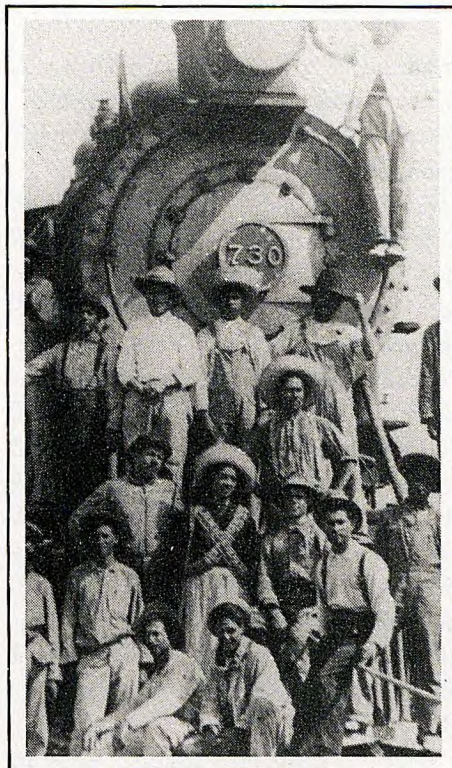
Gloria Villegas: La Revolución ha sido uno de los grandes temas de la historiografía mexicana del siglo XX. La poliseimia del conjunto de acontecimientos tradicionalmente agrupados bajo ese concepto y su calidad de paradigma simbólico explican en buena medida el interés que suscita y que, particularmente durante los últimos años, ha convertido al ámbito académico en tierra fértil para su estudio.

Los sucesos ocurridos en México como resultado de la lucha emprendida por

Francisco I. Madero en noviembre de 1910 para derrocar la dictadura y que desembocaron en el replanteamiento del “pacto social” de la Nación, tuvieron desde sus orígenes connotaciones diversas, no solamente porque confluyeron distintos movimientos con dinámica propia que expresaban reclamos sociales de la más variada índole, sino también porque casi todos los levantamientos ocurridos entre 1910 y 1920 se ostentaron como depositarios de la “verdadera revolución”.

El llamado a la insurrección nacional dio forma a una larga cadena de agravios acumulados, cuya magnitud pudo pulsar Madero durante las giras efectuadas en 1909 para establecer clubes antirreeleccionistas y en las que hizo al año siguiente, ya como candidato a la presidencia de la República.

Detrás de la decisión revolucionaria hay varios meses de campaña política, multitud de mítines, clausura de periódicos y aprehensión de periodistas, reuniones frustradas por las autoridades locales y, sobre todo, una labor política en todo el país. El malestar social —que convirtió en detonador el sufragio burlado en la elección presidencial de 1910— fue producto de una larga “etapa de elaboración de necesidades”, como la definió Roque Estrada (1912), que lo mismo surgía de una vieja y olvidada petición agra-



Grupo de ferrocarrileros. CEHM, Condumex

ria insatisfecha, que de los abusos de autoridad perpetrados por los jefes políticos. Al término de la primera década del siglo, no solamente la propaganda partidista del momento (que además de los antirreeleccionistas desplegaron los miembros del Partido Democrático y los reyistas) sino la actitud derivada del reformismo crítico, que germinó dentro del propio sistema, y la golpeadora crisis económica de 1907, sensibilizaron a ciertos sectores de la sociedad mexicana. Éstos vieron con desaliento el resultado de las elecciones estatales y federales, pues a pesar de las promesas contenidas en la entrevista que el presidente Díaz concedió al periodista norteamericano James Creelman (1908), repitieron el rito dictatorial de la imposición.

Líder que llama y pueblo que escucha, entre ambos identificaron la causa de los males del país; el enemigo a vencer era el régimen dictatorial, aunque se reconocieran sus atributos como artífice de la modernización económica del país y de la paz. Producto típico de los sectores “letrados”, la inconformidad estuvo antes en la palabra escrita que en la trinchera, aunque coexistieron después el debate teórico y la lucha armada. Aun “hombres del viejo régimen”, como Justo Sierra, consideraron que la dictadura había cumplido su misión y agotado su tiempo histórico.

A diferencia del acuerdo que existió respecto al enemigo a vencer, hubo infinitas divergencias cuando triunfó la lucha armada; el para qué de la Revolución y cómo cumplir sus demandas fue continuo e implícito motivo de escisiones.

La lectura del Plan de San Luis podía ser amplísima: así lo prueba el hecho de que tres de los levantamientos más importantes ocurridos cuando su autor estaba ya en la Presidencia (el de la Soledad, de Ayala y de la Empacadora respectivamente encabezados por Bernardo Reyes, Emiliano Zapata y Pascual Orozco) le hayan reprochado haberlo traicionado.

Más allá de los argumentos personalistas o de poder, en las grandes escisiones revolucionarias y en las divergencias sin solución subyacen las nociones radicalmente distintas que sus propios artífices tenían respecto a la orientación del cambio. Si bien el Plan de guerra formu-

en provincia, en Chihuahua, Parral, Guadalajara, etcétera, y en su memoria mantenía fresco un anecdotario de los sucesos derivados de la lucha armada, conocidos por él en parte por tradición oral y en parte por su intención de rescatar recuerdos colectivos. Casi me parece escuchar de boca de mi padre los relatos de escenas que, aún niño, presencié durante la rebelión cristera. Lo veo estudiante universitario en la época cardenista, con el maestro Vicente Lombardo Toledano y tantos otros. Me atrevería a decir que el hecho de que un viejo maestro suyo fuera años después mi primer profesor de Revolución Mexicana, contribuyó también a encauzar la atracción que sobre mí ejercía el tema. Mis investigaciones de tesis e incluso la disertación de doctorado versaban sobre la materia. Entre esos ires y venires me encontré con el personaje *sine qua non* de la Revolución, don Luis Cabrera. Él más que nadie, en sus escritos, en sus discursos, en sus libros, me fue guiando hacia el camino de la comprensión. No necesariamente estuve ni estoy de acuerdo con lo que el beligerante Blas Urrea decía o pensaba. Sin embargo era mucho más fácil, con la distancia y la perspectiva que daban 50 años de diferencia, poder juzgar y valorar las cosas de manera diferente.

Durante muchos años persistió en mí la preocupación de encontrar los signos, las huellas y las palabras de quienes hicieron la Revolución Mexicana; esto es, del pueblo. Tantas luchas, tan diferentes de las versiones "oficiales" a las que hice referencia antes, me condujeron a un campo poco explorado para nosotros, que fue el de la historia oral. Fue casi como abrir la caja de Pandora; empecé a encontrar el verdadero arsenal de información, de otro tipo, con otro sentido; la memoria del pasado, los viejos hombres y mujeres que participaron en la lucha, en los años de la reconstrucción; en las etapas posteriores, los maestros de la experiencia socialista, los obreros, los campesinos que contaban su versión de las cosas, su experiencia y, a manera de balance de vida, permitían que nosotros, un grupo de historiadores grabadora en mano, recibiéramos su mayor riqueza, sus recuerdos; así, sencillos, sin sofisticaciones, sin lenguajes culteranos, sin falsas remembranzas y por ello quizá, esa otra ca-

ra de la historia de la Revolución va a adquirir dimensiones desconocidas. De alguna manera fue entonces cuando se consolidó mi preferencia por los aspectos sociales del proceso revolucionario. Estudié la Revolución Mexicana porque siento que es parte de mi presente, parte de mi compromiso intelectual; porque me queda cerca, y la cercanía permite mayor identificación; porque la entiendo prácticamente como si la palpara; porque hasta el día de hoy, me conmueve el enconado esfuerzo de esos campesinos, de esos despojados, de esos desarraigados, que fueron capaces de transformar y poner de cabeza a todo un país, contra el viejo lema de la estabilidad y las promesas de un desarrollo nunca alcanzado.

Lorenzo Meyer: En un libro que acaba de aparecer en donde Héctor Aguilar Camín y yo hacemos una descripción y síntesis de la Revolución Mexicana (*A la sombra de la Revolución Mexicana*, Editorial Cal y Arena, 1989), se asienta que esta revolución es el gran acontecimiento histórico del siglo XX y que de alguna manera es el punto de referencia de todos los grandes procesos políticos, económicos, sociales y culturales de 1920 a la fecha. Incluso ahora, cuando desde la cumbre del poder se está modificando o de plano destruyendo el legado de la Revolución, ese acontecimiento sigue siendo el telón de fondo sobre el cual se ensaya la modernización encabezada por Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari.

Gloria Villegas: Elementos circunstanciales o anecdóticos pueden explicar individualmente las razones que han conducido a una amplia gama de humanistas (historiadores, politólogos, economistas, sociólogos, etcétera) al estudio de la Revolución Mexicana. Sin embargo, resulta evidente que parte del atractivo obedece a que su análisis permite hallar infinidad de respuestas que explican el México actual. El proceso revolucionario es el gran gozne de nuestra historia; con él se abrieron las disyuntivas de nuestro siglo, en él culminó una época y empezó otra. Aunque es tan rico como cualquier fenómeno, cuando se penetra en el inmenso océano de su complejidad, la magnitud de la crisis que con él vivió el país, lo convierten en una radiografía que

permite observar con claridad las zonas vitales de nuestra sociedad.

La historiografía académica ha tenido sus propias fases. Empezó reconstruyendo el fenómeno en su conjunto y haciéndose cargo del debate teórico que suponía caracterizar "la Revolución". Se discutió reiteradamente si fue burguesa, socialista, nacionalista, o todos los ismos que se quiera. Poco a poco perdió fuerza aquella polémica que pretendía encontrar la mejor etiqueta para definirla.

Corrido el velo de la historia ditirámica, aparecieron nuevos actores al lado de los héroes consagrados en el panteón revolucionario. Sin embargo, gracias al auge de las investigaciones, se ha superado el estigma maniqueo donde figuras y sucesos estáticos e inmutables eran los mudos protagonistas de la lucha armada; la historia académica ha recuperado la Revolución en su perspectiva vital destruyendo los estereotipos que hicieron de sus partícipes apóstoles o villanos, y ha logrado ampliar su noción de actores sociales, ya no sólo ateniéndose a los grupos desposeídos, sino al estudio de todos aquéllos por los que la Revolución habló, para combatirla o defenderla. Hacendados, comerciantes y jefes políticos, rebeldes, gobernadores y caciques, capitalistas y proletarios, etcétera, son algunos de los temas abordados que ofrecen ya una perspectiva más rica del periodo, en cuya complejidad se han estudiado también las figuras individuales con una nueva dimensión.

Hemos aprendido a entender la historicidad en el pensamiento individual y social. Como lo enseñó Eduardo Blanquel, los magonistas, al igual que la mayoría de los revolucionarios, comenzaron en calidad de críticos que querían que el sistema político se reformara y fue la cerrazón de la autoridad la que los empujó a la radicalización cuyo referente ideológico fue el anarquismo. Sabemos también que *La sucesión presidencial*, publicada en 1909 por Francisco I. Madero, no fue flor solitaria en el desierto: mucho antes de que se iniciara la violencia organizada existía una corriente crítica angustiada frente a lo que ocurriría cuando Díaz dejase el poder, y que se expresaba en formas diversas, desde la que adoptaba el joven Antonio Díaz Soto y Gama, según la cual las elecciones de autoridades

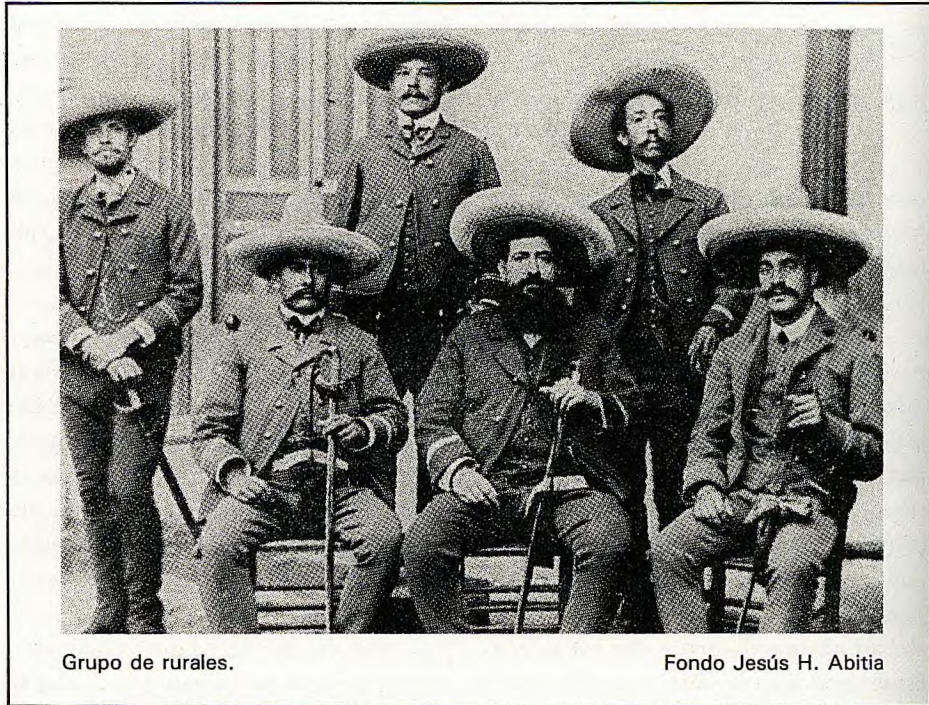
mente en un modelo distante e inapropiado. Sin embargo, sería conveniente insistir en que fue una revolución nacionalista, campesina y popular. Nuestra revolución no tuvo pretensiones diferentes a los cambios expresados como deseos y factibles. De alguna manera, el camino se fue torciendo o modificando, para culminar en una reforma. En efecto, se tenían que corregir rumbos de un capitalismo desviado, se le tenía que imprimir un sello nacionalista; se tenía que aglutinar a las masas, se debían generar promesas y expectativas. Por eso tiene la Revolución que diferenciar sus etapas. Quizá sólo en el periodo radical del proceso (1913-1915) se pretendieron cambios absolutos, tajantes; transformaciones reales. Nace el proyecto de destruir los grandes latifundios; de acabar con el ejército federal y, aunque sólo temporalmente, el pueblo experimenta una verdadera participación democrática en la Convención de Aguascalientes. Desde la perspectiva económica, se buscaban nuevas vías de desarrollo. Desde la perspectiva social fue durante la lucha cuando claramente se expresaron las demandas populares. Desde el punto de vista político, el modelo de nación parecía haberse estancado; el complejo empeño de los mexicanos del siglo XIX para conformar su Estadonación, para consolidar un país independiente, parecía obstaculizado a finales del Porfiriato. Ya habíamos vivido dos grandes revoluciones, la de Independencia y la de Reforma. Está claro, entonces, que frente al régimen esclerótico del Porfiriato, los mexicanos buscaron formas políticas y sociales que permitieran inyectar un nuevo dinamismo a la vida nacional. Fue entonces cuando se completó el ciclo de las grandes revoluciones nacionales. Entre el modelo y el proyecto de revolución, que se fueron dando simultáneamente, se va creando una enorme distancia, un abismo insuperable frente a la realidad. Esto fue producto de las circunstancias; por ello quizá, si bien la legitimidad de la Revolución se adquiere en 1917, con la nueva carta magna, la acción misma presenta dos fases en el Constituyente de 1917: la primera, reclama insistentemente la preservación de instituciones y modelos previos, y la otra, la radical, la transformadora, que triunfa sólo en casos aislados, como son la cues-

tión agraria y sobre todo, en lo que respecta a una legislación obrera y al crear la figura innovadora del municipio. En otros aspectos se modifican, se actualizan las formas imperantes, como en el caso de las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

Lorenzo Meyer: De acuerdo con el profesor Ramón Eduardo Ruiz, lo que sucedió en México a partir de 1910 fue una rebelión y no una gran revolución. En mi opinión, los argumentos del profesor Ruiz pueden ser válidos pero creo que

lismo, la búsqueda de la industrialización, todo dentro de un esquema autoritario. La Revolución Mexicana arranca el poder a una oligarquía terrateniente y se lo da a una nueva clase que desde el Estado transforma a la sociedad y se transforma a sí misma.

Gloria Villegas: La Revolución, en lo que se refiere específicamente al periodo 1910-1917, es un fascinante proceso en donde se muestra que, al no transformarse con armonía las estructuras sociales, económicas y políticas, las contradiccio-



Grupo de rurales.

Fondo Jesús H. Abitia

conviene seguir manteniendo el calificativo de revolución para el proceso que tuvo lugar en México entre 1910 y 1920. Fue una revolución porque destruyó de arriba a abajo una sólida estructura de dominación política. Pese al retraso inevitable, al cambio político le siguió el social, mediante la incorporación de las masas rurales y urbanas al nuevo sistema del poder pero no sin antes haberse destruido a la hacienda y a los hacendados (una de las instituciones económicas y sociales más arraigadas en México) y haberse debilitado o destruido los enclaves económicos y extranjeros.

Como toda revolución, la mexicana no significó únicamente negación de procesos del pasado sino también reafirmación y revitalización de tendencias que ya estaban presentes en el antiguo régimen: la centralización del poder, el presidencia-

nes internas producen efectos impredecibles.

Hoy, el proceso revolucionario ya no es concebido como un raudal de aguas separadas, donde "los buenos" y "los malos" de la historia tradicional se hallan enfrentados. Sabemos ya de los vínculos de Madero con Limantour y con Teodoro Dehesa, concertador este último de un intento de acuerdo entre el presidente Díaz y el jefe de la Revolución; encontramos a Carranza preparando un levantamiento armado contra Madero; descubrimos a Felipe Ángeles, ex director del Colegio Militar —uno de los pocos militares de carrera que aceptó la Revolución—, tratando de ser liga y unión entre zapatistas y villistas. Sabemos hoy también que el régimen maderista no fue derrumbado solamente por la maldad y la ambición de Reyes, Díaz y Huerta,

de los grandes intereses que se hicieron presentes y siguen siendo materia del fundamental análisis crítico.

Lorenzo Meyer: Nunca me he preocupado por determinar en qué medida mis investigaciones y análisis sobre los procesos políticos internos e internacionales de la Revolución Mexicana son nuevos o no. Sin embargo, una de las conclusiones a las que he llegado en parte a través de mis propias investigaciones y en parte interpretando las de otros, es que la Revolución Mexicana sirvió para arraigar, revitalizar y modernizar un proceso político de raíces muy añejas: el autoritarismo. Otro aspecto que me ha llamado la atención en mis trabajos, es que si bien se califica a la Revolución Mexicana como un movimiento popular, los acontecimientos determinantes, y en particular la relación de México con el exterior, son producto básicamente de decisiones e intereses de las élites, y las masas quedan en el trasfondo.

Gloria Villegas: En vez de considerar que se han dado nuevos enfoques, habría que afirmar que la historiografía de la Revolución en su conjunto se ha hecho cargo de que ningún fenómeno histórico puede simplificarse; con ello se ha potenciado el estudio de grupos (obreros, campesinos, empresarios, comerciantes), otros asuntos aparentemente ajenos a la lucha (como la cultura de la época), y problemas internacionales, entre otros, que en conjunto permiten descubrir un profundo proceso transformador en el cual la lucha armada o la disputa política fueron sólo algunos de sus facetas más significativas.

Vetas por explorar

Arnaldo Córdova: Sinceramente no podría decir con certeza cuáles enfoques no se han estudiado de la Revolución Mexicana. Es probable que todavía nos haga falta una verdadera historia económica de la Revolución. Ahora, desde hace unos diez años, se están desarrollando pujantemente los estudios regionales, pero todavía deben hacerlo en mayor me-

didada. Hay dos o tres investigaciones clave, como las de Womack (sobre la formación de la clase obrera en el centro oriental del país) y de Katz (sobre Villa y el villismo), que aún deben darnos sus frutos. En la medida en que se amplían y se desarrollan los estudios históricos, políticos, económicos, sociales y culturales sobre la Revolución, pueden muy bien adoptarse dos puntos de vista: uno, que se ha cubierto ya un cierto espacio y que falta menos para cubrirlo todo; otro, que es el mío, que en la medida en que crezca nuestro conocimiento de la Revolución y de la época histórica a la que da comienzo, siempre habrá nuevos aspectos que habrá que conocer o conocer mejor. Será un hermoso cuento de nunca acabar que nos ayudará constantemente a renovarnos y a renovar la masa de nuestros conocimientos.

Gastón García Cantú: Un aspecto fundamental debe estudiarse: la Contrarrevolución. Pretender que la Revolución es continua, similar y sexenal es un error. Toda revolución crea su contrarrevolución. El golpe de Estado en 1913 es el inicio de otros episodios políticos y armados para impedir, primero, la formación de un nuevo Estado; después, el cumplimiento de la Constitución de 1917. El asalto al poder constitucional por Álvaro Obregón y los hombres del Plan de Agua Prieta, entre ellos José Vasconcelos, tuvo un fin evidente para quien estudia los sucesos de 1920 a 1934: deformar el Artículo 27 constitucional conforme el criterio de la Suprema Corte de Estados Unidos, la intromisión de este país en los problemas económicos y políticos de México, la detención de la reforma agraria conforme las necesidades inaplazables de los pueblos y de los campesinos sin tierras y el efecto democrático de nuestra soberanía nacional. Intromisión extranjera que da origen, con el conflicto agrario, a la rebelión "cristera" y a la oposición civil de la Liga de Defensa Religiosa. En 1926, Álvaro Obregón, en viaje hacia la ciudad de México, fue detenido sin violencia alguna por un numeroso grupo de yaquis que pretendían hablar con él para persuadirlo de que no fueran invadidas sus tierras del Valle. Obregón se negó y al arribar a México la noticia difundida fue que él había sido

víctima de un atentado. Poco después el secretario de Guerra, Joaquín Amaro, solicitó permiso del gobierno de Estados Unidos —sin duda por medio de la Secretaría de Relaciones— para el paso de tropas mexicanas por territorio norteamericano y caer sobre la retaguardia de los yaquis, que fueron batidos por las cuatro armas del ejército: infantería, caballería, artillería y aviación.

Las aldeas yaquis fueron arrasadas y los sobrevivientes de la insólita campaña contra los que habían sido el principal contingente campesino del Ejército del Noroeste, al mando de Obregón, dispersados y hechos prisioneros. Sus tierras, las ricas tierras del "Naineri", pasaron a propiedad de Álvaro Obregón y hasta la fecha están en poder de sus descendientes.

En el Castillo de Chapultepec, en cuyo alcázar se hospedaba Obregón —era entonces la residencia oficial del presidente, en ese tiempo Plutarco Elías Calles— recibió a la comisión de la Confederación de las Cámaras de Comercio, para entregarle una medalla como premio por su "labor agrícola en Sonora! Nadie, en esos días, advirtió la ironía involuntaria. Obregón hizo matar a generales como Lucio Blanco, Alvarado, y fusilar a otros como Buelna y Diéguez, más de treinta de los antiguos jefes de la Revolución; todo ello coincidiendo con la demagogia más cínica de que se tenga memoria, por medio de la CROM de Morones o los discursos de Antonio Díaz Soto y Gama y Alfonso Ramandía Ferreira. Todo ello sin olvidar los Tratados de Bucareli para abrogar de facto el Artículo 27 y lograr el "reconocimiento" diplomático del gobierno de Estados Unidos. Lo que Alesio Robles llamó *El desfile sangriento* es una parte de la historia que tiene en el senador Field Jurado, por oponerse a esos Tratados, una de sus víctimas. La crítica del obregonato la hicieron, en lo legislativo, Isidro Fabela, y en lo político, en el resumen sobre la vida y la obra de Carranza, Luis Cabrera.

El periodo de Obregón —en lo fundamental continuado por Calles— es el de la Contrarrevolución. Queda una vasta labor de rectificación y esclarecimiento de los hechos. Lo que sabemos hace inadmisibles que permanezca el mausoleo dedicado a su memoria, en San Ángel.

Javier Garciadiego: El análisis de lo que los franceses llaman "estado de la cuestión" tiene, solamente, una utilidad limitada. En efecto, el listado de "huecos", "lagunas" o ausencias historiográficas es especialmente útil para el director de un seminario de investigación a la búsqueda de varios temas de tesis de posgrado. Sin embargo, las obras de envergadura, de "gran aliento", sólo surgen cuando un historiador se involucra profundamente con el tema, sea o no total o parcialmente desconocido. Por ejemplo, es preferible un estudio más sobre el zapatismo, si el historiador está vitalmente interesado en él, que estudios sobre temas que, aunque desconocidos, no motivan igualmente al historiador en cuestión.

Por otro lado, es incorrecto afirmar que algún asunto está sobradamente conocido, y que por lo mismo deben buscarse otros temas. Necesariamente, dos monografías sobre la misma materia se distinguen, entre muchas otras cosas, por las concepciones personales del autor. Además, todo libro de historia es histórico, por lo que, salvo raras excepciones, cuando menos envejece documentalmente alrededor de cada diez años: un magnífico libro para 1989 no lo será tanto para el año 2000. Más que con un recetario de temas, considero conveniente concluir recordando al historiador que lo que realmente se necesita es que trabaje con escrupuloso apego a su oficio en el tema que le apasione.

Alan Knight: Respecto a la Revolución armada, ya tenemos estudios que abarcan muchos temas que antes habían sido descuidados. Como caso omiso, yo solamente mencionaré como ejemplo la historia demográfica (tanto porfiriana como revolucionaria). Apenas conocemos el efecto de la gran pérdida de población que México sufrió durante la Revolución. Respecto al periodo posrevolucionario, hay varios temas todavía descuidados. Nos faltan buenas biografías de Calles y de su secuaz Morones, por mencionar dos casos clave. Cabe también un estudio neorevisionista (es decir, que revise al revisionismo) del conflicto Estado-Iglesia de los veinte. Sobre todo, creo que la historia de los cuarenta espera sus propios historiadores; aunque ellos serían,

quizá, historiadores de la Contrarrevolución más que de la Revolución misma.

Carlos Martínez Assad: Aunque ahora son ya abundantes los estudios sobre la Revolución Mexicana, sigue habiendo vacíos importantes. Podría insistirse en la necesidad de trabajar sobre las ideologías y los cambios culturales en el sentido de Córdova o de Brading, sobre la historia diplomática, la vida cotidiana, los procesos de secularización, la organización administrativa, los militares, el clero y el tan recientemente redescubierto género biográfico con Enrique Krauze a la cabeza, entre otros.

Álvaro Matute: Se podría trabajar sobre aspectos demográficos, por ejemplo. El mito del millón de muertos sigue siendo utilizado como parte de discursos demagógicos. No sólo se trata de saber cuánta gente murió, sino cómo se revolvió la población. Cuánta movilidad propició la lucha armada, tanto hacia afuera del país como del ámbito rural al urbano. Falta estudiar algunas regiones y algunos estados. Los ejércitos reclaman la atención de los historiadores, así como los eclesiásticos. (Hace poco fueron estudiados de manera excelente los pastores protestantes, por ejemplo.) Sin embargo, la economía es tal vez lo que requiere mayor atención. Después de un artículo señero de Womack, de hace más de diez años, hace falta abundar mucho en ello. Finalmente, nunca está de sobra extender el repertorio de biografías de personajes tenidos por secundarios. Ojalá que todos los participantes de mayor y mediana estaturas fuesen sujetos de la atención de los biógrafos.

Eugenia Meyer: De inmediato contestaría: muchos y todos; revisar, reevaluar y reinterpretar parecen tareas propias del historiador. Creo que se requiere dar mayor énfasis a la historia social y económica (esto es sin olvidar la política), insistir más en otros aspectos que, por lo general, han sido menos tratados. Sigo pensando que están por escribirse las historias del pensamiento conservador frente a la Revolución; de los porfiristas al enfrentar la lucha armada; de las posiciones de la Iglesia y del ejército pero más que nada, parece ser que la gran búsqueda

son las inexploradas historias regionales y locales. Sería la gran veta que debe empezarse a picar.

Con frecuencia mis alumnos me preguntan y se preguntan si vale la pena seguir insistiendo en temas de estudios sobre la Revolución. Mi respuesta es generalmente afirmativa; va acompañada de muchas sugerencias: recuperar aspectos ideológicos de la Revolución, explorar los canales particulares de ciertas acciones, cierto comportamiento, en ciertos lugares. Todo ello buscando el contrapunto y el equilibrio con esas versiones globales, avasalladoras y por tanto superficiales. Quizá en el campo de la historia social falte mucho por hacer en relación con la vida cotidiana, con las reconstrucciones de los "tiempos de ocio" de generaciones de mexicanos que, en diferentes regiones, vivieron el movimiento de manera especial y sintieron los cambios en su cotidianidad, en su entorno.

Lorenzo Meyer: Como nos lo muestra el ejemplo de la Revolución Francesa, una revolución es un fenómeno que nunca queda plenamente estudiado. Las preguntas y temas que hacemos al fenómeno revolucionario dependen básicamente de los problemas y las preocupaciones centrales del mundo en que vive el historiador. Lo anterior significa que es el presente el que nos dicta o nos sugiere los aspectos a estudiar. Si en el pasado se favorecieron las interpretaciones generales, en los años setenta y ochenta florecieron los estudios regionales y se afianzó la idea de que no hubo una Revolución Mexicana sino muchas. En la actualidad se vuelve a discutir la importancia de la participación popular, justo cuando el Estado posrevolucionario entra en crisis.

Gloria Villegas: Resulta extremadamente difícil aceptar cualquier enunciación de los aspectos que restan por investigar. Podría ofrecerse una extensa e interminable lista: un archivo, un personaje, un suceso histórico. Cualquier tema podría hoy ser llevado al preciosismo rankiano que aconsejaba escudriñar absolutamente todos los documentos. Se pueden estudiar aspectos novedosos de las negociaciones de paz entre los rebeldes y el gobierno en 1911; el telúrico movimiento del cambio de gobernadores, durante el mandato de

Lorenzo Meyer: Esta cuestión está directamente relacionada con la anterior. Lo que hoy nos interesa de la Revolución Mexicana es producto de la crisis del sistema posrevolucionario; su crisis política, económica, social y moral. Hoy le preguntamos a la Revolución Mexicana, por ejemplo, ¿en qué medida lo que se inició como una llamada a la democracia terminó por crear instituciones y actitudes profundamente antidemocráticas? Hoy le preguntamos a los estudiosos sobre la Revolución Mexicana: ¿cómo y por qué las masas que fueron incorporadas resultaron incapaces de imponer sus visiones e intereses por sobre los de las élites? En fin, tanto lo que hoy vemos como obstáculo a la democratización mexicana como aquello que suponemos puede auxiliarle, tiene raíces en la Revolución Mexicana, y eso es algo vital, que nos afecta y que nos interesa averiguar.

Gloria Villegas: Pensar hoy la Revolución significa preguntarse por el presente y futuro de nuestro país, en el seno de una sociedad mucho más politizada que la que tuvo México hace 30 o 40 años. Al margen de cualquier consideración anecdótica o partidista, vivimos el agotamiento de la opción política que escogió la facción triunfante: un poder ejecutivo fuerte, sancionado constitucionalmente, que condujo al presidencialismo, remozado con la creación de un gran partido nacional. Esa opción, al realizarse plenamente, ha agotado sus posibilidades históricas, ha cumplido su fin, como en su momento lo hizo la dictadura porfiriana.

La alternancia del poder, el legislativo fuerte, fue la otra gran posibilidad histórica que nació después del derrocamiento de la dictadura porfirista; aquélla que Madero, creyente en la aptitud del pueblo para la democracia, trató de hacer una realidad durante su gobierno; y la que sin mucho éxito supuso existente la Convención cuando determinó el establecimiento del régimen parlamentario. Insatisfecha durante todo lo que va del siglo, aparece aún como la gran posibilidad histórica de nuestra vida futura como Nación.

La Revolución Mexicana no es un convidado de piedra en el discurso político como tampoco lo es en la investiga-

ción académica. Quien se enfrente a ella por cualquiera de ambos caminos no podrá eludir definición y compromiso vital.

¿Subsiste la Revolución Mexicana?

Gastón García Cantú: En la Constitución y los móviles reformadores de las organizaciones campesinas, de trabajadores y en algunos actos de los gobiernos contemporáneos.

Alan Knight: En el mito, en los muros, en la retórica política, por supuesto. Es difícil medir el efecto de todo esto, pero uno puede presumir que el efecto legitimador de la Revolución oficial ha disminuido mucho en los últimos años. El éxito del (neo)cardenismo refleja claramente el hecho de que este movimiento le ha arrebatado al régimen la bandera de la Revolución popular, campesina, nacionalista. En otro sentido, más profundo, se puede decir que los efectos históricos de la Revolución ya forman parte de la experiencia histórica mexicana: es decir, la Revolución llevó a cabo un proceso de transformación (del Estado, de la sociedad) que no permite retroceder. Forma el meollo de la experiencia histórica mexicana del siglo XX. Aun sus críticos han tenido —y tienen— que definir su posición en términos de la Revolución y de su amplia herencia.

Álvaro Matute: Como diría Croce respecto de Hegel: “hay lo vivo y lo muerto”. De todo el pasado hay cosas vivas y cosas muertas. Con el tiempo hay cosas muertas que resucitan y cosas vivas que se mueren. Como conjunto global, la Revolución hace mucho dejó de existir, al igual que, por ejemplo, la Reforma o el Porfiriato, pero de estas etapas, así como de la Revolución, quedan cosas o aspectos vivos, coexistiendo a pesar de que unas se contrapongan a otras. La historia no es lineal.

Lorenzo Meyer: Todas las revoluciones subsisten; todas son, por lo menos, puntos de referencia para intentar el presente y planear el futuro.

Corrientes ideológicas del movimiento revolucionario

Gastón García Cantú: Las tres fundamentales: la democrática, la agraria y la antimperialista.

Alan Knight: Casi todas las corrientes ideológicas de la Revolución perduran de una forma u otra. Menciono las cuatro más sobresalientes: el liberalismo democrático de Madero, otra vez invocado por Vasconcelos en 1929, tiene muchos ecos hoy día (inclusive la fe maderista de que la democracia solucionaría toda una gama de problemas sociales y económicos); la pobreza y la protesta campesina siguen, dando motivo a movimientos con un énfasis local, reivindicador, que a veces enarbolan una bandera explícitamente zapatista; y, dentro de la “familia revolucionaria”, se notan dos corrientes, una que yo llamaría (por falta de otra palabra) el “desarrollismo” de los carrancistas y sonorenses —con su afán de “modernizar” tanto la economía como al pueblo de México; y otra el cardenismo, producto originalmente de la intersección histórica de la Revolución y la depresión mundial, que ha recobrado fuerza frente a la crisis económica de los ochenta.

Álvaro Matute: De las diversas corrientes ideológicas presentes exactamente como se dieron en su momento, ninguna perdura. Hay restos. Creo que eso sería, más que historia, arqueología de la Revolución. Por otra parte, es difícil encontrar corrientes ideológicas “puras”: liberalismo, anarquismo, socialismo. En la Revolución estas corrientes fueron matizadas por circunstancias concretas. Además hubo, con ellas, actitudes, como por ejemplo el jacobinismo de los constituyentes radicales, que eran liberales como sus antagonistas. Pero, en suma, ninguna perdura. Las corrientes, en cuanto tales, se han enriquecido o modificado. La realidad también. Muchas posturas de entonces hoy serían anacrónicas. En otro orden de ideas, los “ismos” revolucionarios han subsistido como retórica, no como realidad. Me refiero al agrarismo, al obrerismo. Ahora bien, si se insiste en el

diálogo presente-pasado habría que buscar lo vivo de tendencias, corrientes y actitudes, cotejable con lo vivo de la realidad actual. Pongamos por caso el afán democrático que inspiró al maderismo. Eso está absolutamente vigente.

Lorenzo Meyer: Creo que perduran básicamente dos: la corriente que demanda introducir la vida política mexicana en los cauces democráticos, y la corriente que insistió en cumplir las promesas de la justicia social disminuyendo desigualdades históricas entre regiones y clases.

Personajes de los que se habla

Gastón García Cantú: En la democracia, Francisco I. Madero; en la lucha por la tierra, Emiliano Zapata; en la defensa de la independencia y la soberanía, Venustiano Carranza.

Alan Knight: Cualquier lista de personajes ponderada sería demasiado larga para poner aquí. Además —sin negar la importancia de los individuos en el proceso histórico, ya sea en México o en cualquier país— yo desconfío de la escuela de historiografía que subraya el papel de los “grandes hombres”.

Álvaro Matute: Desde luego que los caudillos. Ellos protagonizaron, condujeron a las masas. Todos por igual, cada uno en su ámbito y en su momento: Madero, Zapata, Villa, Carranza y Obregón. Mención especial merece el único individuo de dimensión heroica: Flores Magón. Los caudillos pueden ser todo menos héroes. Se les conocen demasiadas flaquezas. En la segunda fila, valga la paradoja, hay personajes de primera. Siempre me atrajo Cabrera y muchos del ramo civil. Entre los militares me llama la atención Diéguez, por razones incluso familiares, pese a lo arbitrario que llegó a ser. Hay “contrarrevolucionarios” que merecen toda nuestra atención y respeto como figuras históricas, por ejemplo los individuos del “cuadrilátero”. De los sonorenses, me simpatizan De la Huerta y Hill. Otro general atractivo es Cesáreo

Castro. De los convencionistas, me quedo con Eulalio Gutiérrez. En el Constituyente, vale la pena rescatar a Martínez de Escobar, a Héctor Victoria. Por último, me mordería la lengua si no menciono a mi propio abuelo, figura ciertamente menor, el general Amado Aguirre, pero fue mi primera figura revolucionaria, porque por él me enteré de todo eso y no paro en rendirle homenaje.

Lorenzo Meyer: En virtud de la respuesta que di a la anterior pregunta, los personajes centrales son dos: Madero, el demócrata, y Lázaro Cárdenas, el obsesionado por la justicia social.

¿Partidos en la Revolución Mexicana?

Gastón García Cantú: Los hubo: el Antirreeleccionista, el Católico, el grupo renovador de la Legislatura de 1912, las Ligas agrarias de Veracruz, el principio del sindicalismo en la Casa del Obrero Mundial, las Ligas agrarias de Tamaulipas y, poco después, el Partido Socialista del Sureste, el Socialista Veracruzano, el de Tamaulipas...

Alan Knight: Por supuesto que hubo partidos en la Revolución: primero, los partidos de oposición (magonista, reyista, maderista) que se enfrentaron a Díaz, así iniciando el proceso de revolución; segundo, los numerosísimos partidos (8 000 según una fuente) que proliferaron en los años veinte, antes de que se formara el PNR. Vale observar, sin embargo, que fueron las fuerzas armadas —maderistas, zapatistas, villistas, carrancistas— las que derrocaron al antiguo régimen; que ningún partido hegemónico encabezó la revolución armada; que el partido oficial se estableció una década después de la Revolución, como una maniobra —en un momento crítico— para unificar a las élites revolucionarias. Es decir, el partido fue hijo de la Revolución, no (como se podría decir, en cierto sentido, en la URSS) viceversa.

Álvaro Matute: Creo que no hubo partidos en cuanto actores de la Revolución.

Las organizaciones así llamadas se fueron dando sobre la marcha y desaparecieron cuando cumplieron su función, como el Antirreeleccionista de Madero. La Revolución fue muy pragmática.

Lorenzo Meyer: Si tomamos el periodo 1910-1920, podemos decir que los partidos políticos eran estructuras aún muy endeble, que sirvieron para iniciar el proceso revolucionario (Partido Antirreeleccionista) pero quienes realmente lo desarrollaron y condujeron hasta sus últimas consecuencias fueron los grupos armados y no los partidos: constitucionalismo, carrancismo, villismo y zapatismo.

La Revolución y el Estado mexicano moderno

Gastón García Cantú: El Estado moderno es, en parte, histórico al continuar la consolidación de la Reforma y, en parte, el surgido del movimiento armado y de su conclusión jurídica en la Constitución de 1917.

Alan Knight: Un tema enorme y discutido. La historiografía reciente ha tendido a subrayar mucho el auge del Estado mexicano como resultado de la Revolución. Claro que la Revolución —durante un largo y complejo proceso de cambio— echó las raíces del Estado moderno. Sin embargo, hay que precaverse de algunas exageraciones. Yo sugeriría, primero, que la creación del Estado “Leviatán” fue más lenta, y menos completa, de lo que a veces se imagina. En otros términos, la sociedad civil resistió, con éxito, varios proyectos estatales; también (especialmente si se piensa en las élites regionales) la sociedad civil supo colonizar y manipular al Estado (lo contrario no fue siempre así). Sería mejor ver el efecto de la Revolución como el de fomentar una imbricación más íntima entre Estado y sociedad civil, sin asumir que el Estado (“Leviatán”, “absoluto”, “todopoderoso”) ejerce un control tan completo y cabal.

Álvaro Matute: Fue definitivo el papel del proceso revolucionario en la confor-

mación del moderno Estado mexicano; éste es una amalgama de la herencia porfiriano-liberal y la Revolución que, de 1917 a 1938, concluyó los ajustes a la máquina.

Lorenzo Meyer: El papel fue decisivo, pues la Revolución Mexicana puso al Estado como la fuerza fundamental que moldearía a la sociedad civil mexicana.

La Revolución cultural

Gastón García Cantú: La Revolución, en lo cultural, principia en la crítica al antiguo régimen en el Ateneo de la Juventud; en la Universidad Popular por ellos fundada; en la generación de 1915, llamada de “los siete sabios”; en la pintura mural de Rivera, Orozco y Siqueiros; en el rescate de las artes populares por Adolfo Best Maugard y Jorge Enciso, entre otros; en las novelas de Mariano Azuela, no poco de la música de Manuel M. Ponce y en las páginas magistrales de Martín Luis Guzmán; en la obra educativa de José Vasconcelos —dos años y medio en la Secretaría de Educación— no sin que su obra tuviera el origen contrarrevolucionario del obregonato; en el conocimiento de la arquitectura del pasado colonial por Jesús T. Acevedo; en los estudios arqueológicos que van de las enseñanzas de Herman Beyer a Enrique Juan Palacios, Acosta, Ruz Lhullier, Alfonso Caso... en los fundadores de las instituciones y los partidos políticos. A la generación de 1915 debemos, por ejemplo, la idea de la Universidad Autónoma —propuesta en 1917—; la libertad de cátedra, expuesta por Antonio Caso; la Ley Orgánica de 1945, resultado de sus luchas anteriores; la fundación del Instituto de Antropología e Historia, por Alfonso Caso, además de la Escuela respectiva; del Instituto de Investigaciones Estéticas por Manuel Toussaint; el de Cardiología por Ignacio Chávez; los partidos —dígase lo que se dijere—: el PNR por Calles; el PAN por Manuel Gómez Morín, y el Partido Popular, después socialista, por Vicente Lombardo Toledano. Ya lo dijo Madero, sin partidos políticos no existe la democracia. Los partidos son parte in-

separable del desarrollo cultural y social de nuestro país.

Alan Knight: Una pregunta muy interesante. Durante la Revolución armada diferentes “proyectos” culturales se encontraban en pugna. La facción, o coalición, triunfante, la de Carranza, que dio lugar, después, al régimen sonoreño, tenía un proyecto cultural algo distintivo, que involucraba el nacionalismo (tanto político como económico), el anticlericalismo, y (repito la palabra, aunque no me gusta mucho) el desarrollismo; estos fueron elementos vinculados en un proyecto bastante claro y articulado para reformar (quizá revolucionar) la sociedad. El régimen se esforzó (a través de la propaganda, la educación, las leyes contra la Iglesia y las inversiones extranjeras) para crear una ciudadanía integrada, educada, sana, limpia, trabajadora, patriótica. El proyecto de educación socialista de los treinta representaba una nueva iniciativa, un nuevo énfasis, aunque tenía mucho que ver con el proyecto callista anterior. Lo importante es subrayar que estos proyectos fallaron: el Estado no pudo crear el nuevo hombre revolucionario; al fin, la asimilación de la sociedad mexicana fue obra no del Estado revolucionario, sino del mercado de masas, y de la cultura de masas, que tenía orígenes y matices muy diferentes.

Álvaro Matute: Sí hubo Revolución cultural, a corto, mediano y largo plazos. En el primero, el intento del Ateneo de la Juventud de educar a las masas para convertirlas en una sociedad de *ciudadanos*, protagonistas de una verdadera democracia. Además de ello, el Ateneo estableció bases nuevas en el trabajo intelectual y artístico, que trascendieron la bohemia y la tertulia de fines del XIX. El intelectual ocupó la academia y trató de hacer de ella algo dinámico y trascendente. Se tiende a pensar que los ateneístas eran nacionalistas, pero en realidad eran más cosmopolitas. El nacionalismo les vino, tanto a ellos como a los más jóvenes, en el plazo mediano. Ahí están los muralistas, los músicos (Ponce, Revueltas, Chávez, y después Galindo y Moncayo), los novelistas de la Revolución. A largo plazo, el resultado es la cultura mexicana contemporánea, sea ésta lo que sea, con

sus bandazos entre lo nacional y lo universal, sus intentos de integración con las masas o de dirigirse sólo a las élites, pero, finalmente, algo vivo y actuante que nos formó y que tal vez llegó a su fin. Cabe agregar que es lamentable la derrota sufrida por el afán ateneísta de hacer de la lectura el mayor bien común posible. (Vasconcelos y los libros verdes, Reyes y el “quiero el latín para las izquierdas”, etcétera.)

Lorenzo Meyer: Desde luego que se dio una Revolución cultural. Uno de los propósitos de la Revolución es dar a las clases subordinadas la dignidad que una larga historia de coloniaje y explotación les había negado.

Vencedores y vencidos

Gastón García Cantú: Primero, que las jóvenes generaciones estudien la Revolución. No existe una versión, o visión, de los vencidos y otra de los vencedores. La historia de la Revolución tiene un capítulo político, el más importante sin duda; otro, de la lucha por la tierra; uno más, sindical; otro, importante, jurídico; el social que comprende la situación de las clases y sus luchas, el de las relaciones con Latinoamérica y el de la oposición a Estados Unidos. Victoriano Huerta, Félix Díaz, el Episcopado de 1926 a 1929, Adolfo de la Huerta o Gonzalo Escobar fueron, en diferentes aspectos militares y políticos, los vencidos; su historia tiene dos aspectos: la de sus aventuras, usurpaciones, rebeliones —la de Saturnino Cedillo no pasó de una escaramuza— y asonadas que son parte de los problemas de la Revolución. La única visión de los vencidos fue la relatada en 1521 después de la caída de Tenochtitlan.

Alan Knight: Cada historiador tiene su propia visión. Es mejor que los jóvenes tengan un conocimiento de las varias interpretaciones, para que puedan apreciar la complejidad de la historia, y la falta de *consenso* histórico. En cuanto a “la visión... que trascienda la de la historia de los vencedores y los vencidos”, vale

acordarnos que la historia (de la Revolución) sí tuvo sus vencedores y vencidos, y que la idea de una Revolución consensual, unificadora, forma parte clave de la ideología oficial y mitificadora.

Álvaro Matute: Fundamentalmente, hay que explicar qué llevó a los revolucionarios a serlo, es decir, explicar qué hizo revolucionarios a quienes al final resultaron vencedores o vencidos. Asimismo, hay que desmitificarlos, bajarlos de los pedestales, humanizarlos, presentarlos con sus flaquezas, debilidades, miserias al lado de sus grandezas. Ya basta de biografías acartonadas. Y en ese sentido cabe aclarar que muchos de los considerados vencidos, se convirtieron en vencedores en la memoria histórica. Hoy en día resultan más atractivos Villa y Zapata que Carranza y Obregón, a pesar de múltiples discursos que los presentan como “bandidos” o impreparados. Hay que insistir en que la comprensión es la mejor manera de llegar a la explicación. Sobre todo, debe insistirse en los orígenes sociales de los revolucionarios, el que se entienda que eran personas normales, aquejados por problemas cotidianos, y que tomaron la decisión de lanzarse a la “bola”.

Lorenzo Meyer: No veo por qué debe de presentarse una visión de la Revolución Mexicana que no sea la historia de los vencedores y los vencidos. La esencia de toda revolución es derrotar al adversario, si no ¿para qué hacerla? Ahora bien, cada generación debe de dar forma a su propia visión de la Revolución Mexicana, y lo hará en función de sus preocupaciones, de los conflictos más importantes del presente y de las posibilidades hacia el futuro inmediato.

La historia oficial

Gastón García Cantú: No existe una “historia oficial” de la Revolución; sí, la que proviene de su estudio, lo que excluye las improvisaciones. Lo deseable es que los nuevos conocimientos sobre el pasado inmediato del país sean asimilados por quienes escriben los textos para las escuelas primarias y secundarias.

Álvaro Matute: Creo que en todo modifican las nuevas interpretaciones de la Revolución la historia oficial. Se han destruido mitos, se ha bajado del pedestal a los llamados “héroes”. Lo fundamental es que se ha rescatado a los “actores sociales” en contraposición a los individuos iluminados, ungidos. El mito de la infalibilidad —o dogma— de los dirigentes ha sido destruido y es importante que se enseñe que los líderes son la expresión de la colectividad y a ella se deben, y que la colectividad puede —y debe— imponer en ellos su voluntad. Por otra parte, las versiones oficiales, no sólo las didácticas sino también las de los discursos cívicos de aniversario, pecan de mecanicismo. La historia se presenta como algo excesivamente acartonado, cuando en realidad es algo vivo que tiene que ver con todos. Igualmente tenemos las contradicciones evidentes: el 10 de abril se rasgan las vestiduras por Zapata y en la práctica cotidiana el agrarismo es una pieza de museo.

Lorenzo Meyer: Creo que la historiografía académica de la Revolución Mexicana difiere de la “oficial” en el hecho que subraya las incongruencias entre los proyectos y la realidad, entre lo que se pretendió hacer y lo que realmente se hizo, entre una legitimidad basada en la democracia y la justicia social y una realidad básicamente autoritaria.

La Revolución Mexicana en la historiografía universal

Gastón García Cantú: La importancia de la Revolución Mexicana para la historiografía internacional ha sido contradictoria. La mentalidad colonial, de la que aún no se desprenden muchos mexicanos, nos hace dependientes de las versiones de algunos extranjeros: Alperovich y Rudenko, por ejemplo, de los soviéticos; Cumberland o Ross de los norteamericanos, y Guerra o Chevalier, su maestro, de los franceses. La visión extranjera puede auxiliar pero jamás suplir al conocimiento que conquistemos de nuestro pasado. Como interpretación de-

cisiva de la historia de la Revolución, ninguna obra extranjera podría citarse. Son aproximaciones y tentativas no siempre debidas a un método científico: comprobación de las afirmaciones en lo posible o bien a una hipótesis que se persigue por entre las contradicciones de los hechos para eludir la demostración. Un ejemplo: la obra de Jean Meyer sobre la rebelión “cristera”.

La historia de la Revolución Mexicana no está por hacerse en el sentido de que nada se hubiera escrito. Son más de cien los volúmenes publicados por el Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, con valiosas aportaciones a la historia regional de ese movimiento; además de la *Historia* de El Colegio de México. Berta Ulloa, en *Revolución Mexicana. 1910-1920*, por ejemplo, compiló 1803 fichas bibliográficas; en *Fuentes para la Historia Contemporánea de México*, libros y folletos, periódicos y revistas se dispone de ocho volúmenes.

La historia de la Revolución no está por hacerse sino por estudiarse. De su estudio saldrán sin duda obras de crítica que serán la corona del conocimiento.

Alan Knight: Se nota que, mientras los historiadores mexicanos se han dedicado a profundizar temas dentro de la historia de la Revolución, algunos historiadores extranjeros han tratado de escribir síntesis más globales de este fenómeno. Esto es, creo, un resultado natural de las situaciones —geográficas e institucionales— en que ambos grupos se encuentran. Otro punto interesante (y lamentable) es que los estudios comparativos de la Revolución (que ahora son numerosos) muchas veces descuidan y/o interpretan mal al ejemplo mexicano; se concentran en los casos francés, ruso, chino, (véase, por ejemplo, el influyente libro de Theodor Skocpol, *Los estados y las revoluciones sociales*). Creo que la historiografía de la Revolución Mexicana, que ha avanzado tanto en las últimas décadas, debe incorporarse más al análisis comparativo, internacional, no solamente para reforzarlo a éste, sino también para facilitar el aporte a aquélla de nuevos enfoques teóricos y comparativos.

Álvaro Matute: Habría que distinguir dos niveles. El de los especialistas —mu-

chos de ellos notables— que han investigado y producido textos señeros sobre la Revolución. Al lado de ellos hay un elevado número de estudiosos más o menos anónimos, es decir, todos aquellos que en Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania y otros países llevan cursos y elaboran trabajos o tesis sobre la Revolución. Si no existiera ese elevado número, no habría historiadores destacados como un Womack, un Katz, un Guerra o un Knight —cuatro nacionalidades—. El hecho, pues, de figurar la Revolución en programas de estudio de universidades de todas partes, da un ejemplo de su

hay vasos comunicantes entre lo que sucede en su espacio y lo que sucede en otro al mismo tiempo. Hay poca universalidad y demasiada especialización. Estamos en la Torre de Babel.

Lorenzo Meyer: Cualquier estudioso actual sobre la Revolución Mexicana tiene que consultar obras publicadas en inglés, francés, alemán o ruso. Esta bibliografía en otros idiomas que no son el español, es un indicador objetivo del interés que despierta el fenómeno de nuestra revolución más allá de México. Todo proyecto de estudio sobre las revoluciones moder-

“La impresión de que México avanza hacia una nueva época histórica que dice adiós a las tradiciones más caras y a los vicios más intolerables de la herencia histórica que conocemos como Revolución Mexicana. No es fácil predecir a dónde va pero es posible reconocer de dónde viene la sociedad mexicana de fin de milenio.”

Es sin duda debido a ello que ha arremetido en los últimos años la disputa ideológica por sus banderas y la polémica histórica sobre su significado. Mientras que el país conoce un inesperado resurgimiento de añejas ideologías de origen revolucionario, investigadores extranjeros han publicado seis libros importantes que aportan no sólo información nueva sino también teorías interpretativas que reaniman discusiones aparentemente extintas. Ellos son por orden de aparición: Hans Werner Tobler: *Die Mexikanische Revolution* (1984); François Xavier Guerra: *Mexique: de L'Ancien Régime à la Révolution* (1985); Alan Knight: *The Mexican Revolution* (1986); John Tutino: *From Insurrection to Revolution in Mexico (1750-1940)*, (1986); John M. Hart: *Revolutionary Mexico* (1987), y Friedrich Katz, editor, *Riot, Rebellion and Revolution* (1988).

Uno de los aportes más sugestivos de Tobler es su periodización de la Revolución. A diferencia de la mayoría de los investigadores que la consideran concluida en 1917 o 1920, este investigador extiende su duración hasta 1940. La idea no es nueva; ya a finales de esa década Daniel Cosío Villegas y Jesús Silva Herzog habían extendido su certificado de defunción. El mérito de Tobler ha sido utilizarla como hipótesis básica para la elaboración de una historia general de la Revolución. Él propone un desdoblamiento del término: *Revolución armada* (1910-1920) y *Revolución tardía* (1920-1940) o bien *Revolución en el sentido estricto* para designar el primer periodo y *Revolución en el sentido amplio* para englobar el conjunto del proceso. Esta ampliación se basa en tres argumentos: las reformas cardenistas hubieran sido imposibles como lo demuestra la experiencia de otros países latinoamericanos, si el ejército oligárquico no hubiera sido destruido durante el periodo de la lucha armada; la Constitución de 1917 es la anticipación programática de las reformas de 1935-38



Artesana ceramista. Fondo C. B. Waite, AGN

importancia en la historiografía internacional. El otro nivel es más complejo: ¿cómo está integrada la Revolución Mexicana en las historias universales elaboradas en otros países? Realmente no he seguido esto con el rigor suficiente para permitirme dar una respuesta, por lo cual sólo me limito a preguntar. No obstante, pienso que la situación deja mucho que desear y que habría que intentar historias verdaderamente universales en las que se evaluara toda la acción humana en el tiempo y el espacio. Desde luego hay esfuerzos, pero tan especializados, que no

nas tiene que tomar en cuenta a la Revolución Mexicana.

Enrique Semo: México sigue viviendo, como lo sugiere el título de la obra más reciente de Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer, *A la sombra de la Revolución Mexicana*. El sistema político que debe ser reformado y la estructura económica que está siendo modernizada son herencias de la Revolución. Todo proyecto coherente para el futuro tiene su inicio en un balance objetivo de ésta. Los mexicanos tenemos, como lo afirman en su prólogo,